

ANTONIO DE TRUEBA



ESTUDIO CRÍTICO-BIOGRÁFICO

No hay patria como mi patria,
ni pueblo como mi pueblo,
ni madre como mi madre.

ANTONIO DE TRUEBA.

Jamás ha de olvidárase el día y ocasión en que por primera vez oí hablar de Trueba. Cursaba yo la retórica en el Colegio que los Padres Jesuitas tienen establecido en las poéticas y encantadoras riberas del Miño, cuando en una de las conferencias que semanalmente se dedicaban á disertar sobre la literatura en general, tocó el turno á la española del siglo presente. El conferenciante, que era nuestro profesor, señaló los nombres de varios autores que en nuestra península habían cultivado los distintos géneros, y era de ver el contento y gozo que recibían mis condiscípulos cuando sonaba el nombre de algún escritor que procedía de la región de donde ellos eran naturales. Puede decirse que todos mis compañeros vieron satisfecho su amor propio; todos podían deleitarse en citar con orgullo el título de una obra ó el nombre de algún esclarecido escritor que hizo famoso por sus trabajos el lugar en donde vió la luz. Entretanto, inquieto é impaciente yo, como alma que está en pena, decía para mis adentros. ¡Pobre Basconia! y no acertaba á decir más. En esto y después de un estudiado silencio, abrió el profesor un libro que sobre el pupitre tenía, leyendo el siguiente sentido verso:

¿Quién te ha enseñado á cantar?
Me preguntan todos. Nadie;
Yo canto porque Dios quiere,
Yo canto como las aves.

El autor de esta tiernísima poesía es, siguió diciendo, el escritor bascongado Antonio de Trueba. Hizo después un pequeño análisis de sus obras, que por cierto fué muy favorable para él, y terminó con estas palabras: «Trueba será siempre una gloria literaria bascongada y española».

Inútil es decir el orgullo que entonces se apoderó de mi alma; mi corazón se ensanchó de manera que no cabía en el cuerpo.

Hará de esto unos doce años. Desde aquel momento cobré tal afición y cariño á este escritor, que todavía conservo como oro en paño el primer libro de Trueba que cayó en mis manos, después de aquella fecha. Se titula *El Libro de los Cantares*, dando origen á que se llame á su autor *Antón el de los Cantares*.

Nació Trueba en la feligresía de Montellano del Concejo de Galdames el día 24 de Diciembre de 1819. Dió comienzo á su carrera por donde suelen generalmente empezar y acabar casi todos los hombres célebres; á saber, por ser pobre. Niño todavía, leía con avidez cuanto á mano se le venía y no había para él regalo más preciado y que más de su agrado fuera, que el de algún libro ó romance, aunque fuesen coplas de ciego. Si alguna vez ocurría salir su padre del pueblo, el único encargo que de su hijo recibía era que le trajera algo donde saciar su afán de leer. Traíale aquel cuanto buscaba y sus ahorros le permitían, y cuentan sus biógrafos que se le pasaban las noches «de claro en claro y los días de turbio en turbio» embebido en su lectura y estudio.

Pero vino encima la tempestad de la guerra civil llamada de los siete años, y temiendo los padres de Trueba que su hijo ingresara en las filas carlistas, decidieron enviarle á Madrid. No puede decirse cuán del gusto de Trueba fué esta determinación; reventaba él por ver un poco de mundo y poder dedicarse más á sus anchas al estudio de las letras por las que sentía una inclinación decidida. Trasladóse, en efecto, á la capital de España con pocos años (á los quince) pero llena su cabeza de ilusiones, y aunque destinado á un almacén de ferretería de su tío, de lo que menos se cuidó fué de la industria, robándole todo el tiempo que estuvo empleado en el mostrador, la lectura de periód-

dicos y revistas que en mayor número que en su aldea podía comprar.

Entretanto luchaba él por darse á conocer, pero ¡cómo hacerlo! No conocía á ningún literato de los que más en boga estaban aquellos días si no era por sus obras; tampoco contaba con un triste amigo que pudiera hacerle la presentación. Otro de genio más violento y atrevido que él se hubiera colado de rondón en el gabinete de cualquiera de ellos, y á las primeras de cambio hubiérale contado sus cuitas. Trueba, aunque alguna vez en el calor de su entusiasmo, pensó en dar ese paso, nunca tuvo valor para ello.

Refiérese de él que paseando cierto día por las calles de Madrid con un amigo suyo, acertó á pasar junto á ellos uno de los escritores de más nombradía en aquellos días. Trueba hizo ademán de saludarle, pero pasó el saludo inadvertido para el literato. Preguntóle entonces el amigo, que á quién saludaba, á lo que contestó Trueba:

—Ese es Hartzzenbusch.

Mucho tiempo pasó hasta que Trueba viera satisfechas sus aspiraciones. Emborrataba cuartillas, pero no encontraba persona á quien encomendar su publicación. Timidamente dió á conocer sus primeros ensayos; al principio sin firma, más tarde con ella, siguiendo el camino de aprendizaje de la mayor parte de los escritores, pero de los escritores pobres, porque los ricos luego hallan manera de darse á conocer, aunque los trabajos que llevan su firma los hayan corregido cariñosos amigos y en virtud del cambio recibido más merezcan llamarse de éstos que de aquellos.

Diérase él en aquella época por muy satisfecho con ver publicados sus escritos, si otras necesidades más apremiantes no le pusieran en grave aprieto. Cerrado el establecimiento donde servía, hubo de hallar otro medio de subsistencia, y desde luego pensó resueltamente en dedicarse á la literatura. Después de un aprendizaje de diez años, que fueron los que estuvo en la tienda de su tío, continuó escribiendo nuevas composiciones; y sin abandonar su labor literaria, aceptó un pequeño empleo en el Ayuntamiento de Galdames, escasamente retribuido. Tres años pasó en él, no dejando entretanto de escribir artículos y poesías que tuvieron feliz acogida en la *Revista Bascongada*. Extendióse con esto bastante su fama de escritor, logrando relacionarse con la gente de letras de su tiempo, eterno *desideratum* de todo aspirante. Sucedió esto hacia el año de 1847 y tendría 28 años.

Pero Trueba aspiraba á más. Los primeros trabajos le hicieron

comprender que podía aventurarse á más. Pensó desde luego en publicar una obra; desistió más tarde de ello, abrumado ante lo costoso de la empresa; tuvo buenos amigos que le aconsejaron y... publicó *El Libro de los Cantares*. Imposible decir el éxito que alcanzó esta obra: hiciéronse en poco tiempo varias ediciones y se tradujo á varias lenguas. Mas si en nuestra península logró tan favorable acogida, no puede imaginarse siquiera la que obtuvo en América. La colonia bascongada de aquellos países leía con avidez, mejor dicho, devoraba aquellos cuentos en los que tan gráficamente pintaba las costumbres de su país natal. Aun ahora recuerdan los *americanos*, como aquí llamamos á los que van á hacer fortuna, ó á no hacer otra cosa (muchos de ellos) que á volverse con el alma muerta, el alborozo y contento que recibieron, y la alegría con que saludaron al nuevo poeta.

Temió Trueba que la crítica se ensañara con su obra y á fin de prevenir todo golpe que por esa parte pudiera venir, escribió estas hermosas frases: «No busqueis en este libro erudición ni arte. Buscad recuerdos, corazón y nada más. *No faltará quien encuentre pueril el lenguaje en que generalmente expreso mis pensamientos.* No hay lenguaje más pueril que el del cariño y la inocencia, el de las madres y los niños, pero ¿dónde hay más pureza y sentimiento que en los niños y las madres? La mayor parte de los versos que contiene este libro se han compuesto de memoria, soñando con un país y vagando por el Retiro, por la Florida, por la montaña del Príncipe Pio, por la Casa de Campo, por la Virgen del Puerto, por las praderas del Canal, por Lavapiés y el Barquillo, por donde quiera que cantan pájaros y ostenta el pueblo sus virtudes y sus vicios, que de todo tiene el noble pueblo español. Con este sistema ha perdido el arte, pero ha ganado el sentimiento. En resumen, he compuesto mis cantares como sé, á la buena de Dios, como el pueblo compone los suyos.»

Este prólogo dice más, por la sinceridad que en él se manifiesta, que cuanto por nuestra cuenta decir pudiéramos. Hay en sus cantares candor é ingenuidad como de niño, lenguaje sencillo y sin pretensiones; sentimiento y pasión y sobre todo mucho corazón. Los cuadros cuyos títulos son: *Una romería*, *La vida de Juan soldado* y *Noche buena* probarán la verdad de mi afirmación.

Mucho debió influir en el ánimo de Trueba la aceptación que de parte del público tuvo *El Libro de los Cantares*. Dedicóse en adelante con más afán que antes, si cabe, al género de literatura que le ha-

bía granjeado un puesto tan distinguido entre la gente de letras. Pero desgraciadamente para él, no era el género ese del que más lucro inmediato se alcanzaba en aquellos días, y Trueba buscó manera de entrar á escribir en algún periódico, como medio para poder salir de sus estrecheces y apuros.

«Y busqué (dice) en tu villa quien
 Mis lágrimas enjugase.
 Quince años ha que discurro
 Por sus plazas y sus calles
 Como mis padres honrado
 Y pobre como mis padres.
 A veces me faltan fuerzas
 Para seguir adelante,
 Y nadie sostiene al pobre
 Antón el de los Cantares.»

Ofreciósele luego *La Correspondencia de España*, y en este periódico colaboró cerca de diez años. No eran entonces las ventajas del periodismo tan positivas como lo son en el día. Para un escritor que hoy gana diez ó doce mil reales anuales, ganaban en aquel tiempo tres ó cuatro, y de Trueba dice un biógrafo suyo, que cobraba seis reales diarios, y los primeros redactores cobraban á ocho reales. En verdad que con una cantidad de numerario tan exigua, no podría hacer Trueba muchos ni grandes milagros; pero podía decir que tenía para pan, y por el momento con aquello le bastaba.

Abierta una puerta en el periódico citado, luego fuéronse abriendo otras en varias revistas y publicaciones, en donde dió á luz un sin número de cuentos y artículos, cuyos productos ensancharían los bolsillos asaz encogidos del gran Trueba. Tendría á la sazón entre treinta y seis á cuarenta años, y como ya su nombre de escritor era conocido, coleccionó los artículos que había publicado y los dió á la estampa, seguro de su éxito.

Llámanse estos *Cuentos populares*, *Cuentos campesinos* y *Cuentos de color de rosa*. En el prólogo de los *Cuentos populares* explica las razones que le movieron á escribirlos, que eran, entre otras, las de atender á las necesidades del momento con el producto material de cada cuentecillo, porque has de saber (decía á un amigo suyo del alma, el escritor don José Castro y Serrano) que cada cuentecillo de los que tienen los tres ó cuatro tomos que hasta hoy llevo escri-

tos, encierra para mí el recuerdo de una tristeza y de una alegría, es decir, la tristeza de una necesidad por satisfacer y la alegría de una necesidad satisfecha.

Siempre con la misma cantinela; la dichosa cuestión de la lucha por la vida; pero preciso es confesar que las necesidades de Trueba no eran tan apremiantes en este periodo, como lo fueron anteriormente. Puede decirse que su calvario había terminado, si calvario era para él el andar apurado de bolsillo; y de ahí que pensara en casarse, cuando creyó que podía atender holgadamente á las obligaciones del estado que iba á abrazar. Casóse, en efecto, á los treinta y ocho años, mas como su imaginación se veía fatigada con el recuerdo de su amado país, no hallaba reposo en tanto no estuviera en posesión de aquello que tanto ansiaba, y dignas de su pluma son las palabras en que anuncia á su esposa Teresa, el gozo que han de recibir cuando lleguen á pisar tierra bascongada. «Antes que el sol canicular marchite las flores que están brotando, refrescarán nuestra frente las auras de las Encarnaciones. El noble anciano que ya se honra y te honra dándote el nombre de hija, recorre alborozado la aldea y con el rostro bañado en lágrimas de regocijo dice á los compañeros de mi infancia: Mis hijos vienen. ¡Mi hijo vuelve á saludar estos valles con el amor que les tenía al darles la despedida más de veinte años há.»

Volviendo á nuestro propósito, empecemos por decir algo de éstas producciones. Los *Cuentos populares* se apartan bastante de la marcha seguida por la generalidad de los escritores. Muchas veces, al leerlos, nos recuerdan á La Fontaine por la picardía y malicia que se trasluce en ellos; otras, nos parece escuchar á Selgas por la ternura y encanto infantil de que están saturados. Y nadie más ajeno que Trueba en punto á imitaciones. Tan suyo es el lenguaje; tan suyas son las fábulas que introduce, que suponérsele imitador es el mayor defecto que pudiera echársele en cara. ¡Y cuidado que la moda por todas las literaturas extranjeras y especialmente de la francesa, había echado hon-das raíces en nuestro suelo! Puede decirse que no había un solo escritor que por su fondo ó forma no pertenecía á la escuela francesa y procurase imitar á Hugo, Lamartine, Haubert, etc., y Trueba no imitó á ninguno. A él no se le entendía de griego ni de latín, ni de los preceptos de Aristóteles y de Horacio, y pudiéramos añadir que tampoco de francés, italiano é inglés; solo comprendía de cielos y mares azules, de pájaros que libres vuelan por el espacio, de árboles y de en-

ramadas. En cambio, á él se le ha imitado y se le viene imitando en nuestros días, lo cual es clara muestra de la importancia de su labor literaria.

De los escritores de provincias, pocos habrá que hayan sentido la nostalgia del país en el grado y medida de Trueba, y pocos también que lo hayan expresado mejor. Pero este amor y cariño y aun si se quiere llamar egoísmo hácia la *tierruca* no han sido parte á que Trueba cambiando alguna vez de escenario nos pinte con la maestría de siempre las costumbres de otras regiones de España. Ahí están si no los *Cuentos campesinos* ideados, como él dice, en Bizcaya y en los que tan á maravilla describe los amores y recuerdos de Castilla, como en los de *Color de rosa*, describió los de Bizcaya. Y cuenta que en aquellos apenas si para nada se hace mención de las provincias bascongadas.

¿Qué puede darse más acabado y perfecto que el cuento de *Los borrachos*, horrible tragedia que hace caer las lágrimas ante el desgraciado fin que tienen los vicios de Lorenzo? Está pintado y tomado este cuadro tan al natural, que pudiera por sí solo dar un *mentís* á todos aquellos que han achacado el defecto de la afectación á las obras de Trueba. Muy distinto es el efecto que causa la lectura de *Los Tomillares*, alegre cuadro que no se puede leer sin que brote la risa en nuestros labios, y en el que el *Conde de Picos-Altos* representa muy al vivo, á la pedantería moderna, que en cuatro palabras huera aprendidas de memoria, y un quintal de presunción, pretende sentar plaza de sabio y explotar la sencillez de la gente del pueblo. No quiero entrar á enumerar otros cuentos que contiene el citado libro; prefiero que el lector se constituya en juez y me diga si son exagerados los elogios que tributo á Trueba.

IGNACIO DE BELÁUSTEGUI, *Pbro.*

(*Se concluirá*)



ANTONIO DE TRUEBA



ESTUDIO CRITICO-BIOGRAFICO

(CONCLUSIÓN)

De los *Cuentos de color de rosa* no hay para qué discutir. Ideados en Castilla, hablan de Bizcaya y sabido es que no puede pedirse mejor recomendación para Trueba. La resurrección del alma es un cuento de lo mejorcito que ha salido de la pluma del escritor bizcaino. Pinta en él al *indiano* que vuelve de América, pero le pinta de manera tan gráfica, que nadie, si no es Pereda, lo ha hecho mejor. No ménos digno de figurar al lado del anterior es el cuento Desde la pátria al cielo, donde se vé retratado de cuerpo entero al mimo Trueba, soñando siempre con su país, no hallando de tejas abajo felicidad en parte alguna, si no era en su provincia. Ya en otra ocasión hemos manifestado que ésta fué la eterna pesadilla de Trueba. Odiaba tanto á toda esa gente que vive en el bullicio de las ciudades y que se hastía y muere de aburrimiento en las pequeñas aldeas, que apenas pierde ripio para anatematizarlos. En «*La vida del campo*» dice á proposito de ésto que él se comprometería á pasar habitualmente el resto de su vida en la soledad de la aldea que tanto espanta á otros, mediante las siguientes gollerías: pan en la artesa, libros en su estante, paz en el corazón, amor en su hogar y amistad en el hogar de sus vecinos, remedando aquellos versos de Góngora:

A mis soledades voy
De mis soledades vengo,

Que para vivir conmigo
Me basta mi pensamiento.

No podrá ciertamente suponérsele á Trueba ambicioso ni avaro en sus deseos y aspiraciones, pero era porque no acertaba á pedir más ni mejor. Esto nos recuerda el cuento que refiere un escritor bascongado, que habiéndoseles preguntado á varios muchachos aldeanos sobre qué era lo que ellos deseaban tener para ser felices, fueron contestando unos que dulces, otros que dejar de ir á la escuela y otro tercero dijo que tener bastante *talua y leche* que comer. Llegado el turno al último, le preguntaron ¿y tú qué dices? Qué quereis que diga yo, respondió el rapaz, si ese ha dicho lo mejor?

A Trueba le pasaba lo propio. Verdad es que no ambicionaba otra cosa, porque el amor á su país era para él, el *summum* de la felicidad en esta vida.

Pronto vió cumplidos sus más vivísimos deseos, pues la provincia de Bizcaya llamóle á su seno para que fuera su Cronista y Archivero. Su amigo del alma D. Juan Eugenio Hartzenbusch, luego que escuchó de su boca la resolución que iba á tomar, dijole: «En Madrid, ha conquistado V. ya un gran nombre literario, y está en camino de hacerlo más grande aún; al retirarse á su provincia, estrecha V. voluntariamente los horizontes por donde puede volar su ingenio, y le corta las alas, privándole de estímulos y alientos. Mirando desde aquí su nobilísimo país no tiene *pero*; metido en él tropieza V. con las miserias y pasioncillas con que es forzoso tropezar en todo pueblo relativamente pequeño, por noble que sea el carácter de sus habitantes. Ni será V. para ellos lo que es á esta distancia... ¡su mismo renombre le hará tal vez blanco predilecto de los tiros de cualquier Eróstrato de campanario!» Venía á decirle, en una palabra, aquello que diez y nueve siglos hacia, había dicho Jesucristo en estas concisas pero verdaderas palabras; á saber, que *nemo propheta in patria sua*.

Pero ésta vez no dió oídos á las exhortaciones y consejos de Hartzenbusch que en tan gran estima y aprecio siempre había tenido, y prefirió desatenderle para no dejar desairados á más de tres mil vecinos bizcainos, que le pedían con insistencia. Vino de Madrid á Bizcaya hácia los años de 1864 y tendría entonces unos cuarenta y cinco años, Y tan contento se hallaba de su suerte, que frecuentemente se le oía decir que no había hombre más feliz que él, pues tenía un nombre, tenía pan, y además Bizcaya le había llamado á su seno.

No tardaron en conocerse los trabajos de Trueba en el desempeño del nuevo cargo. Verdad era que él nunca se había dedicado á escribir la clase de obras á que por el cargo de Cronista venía obligado á trabajar, mas no por eso dejó de salir muy airoso en la empresa. A los pocos años de estar en su provincia y en medio de otras ocupaciones que le absorbían el tiempo, escribió un *Bosquejo de lo organización social y familiar de Bizcaya* que le valió una distinción muy honrosa en la Exposición de París del 69.

Puede asegurarse que ésta fué la época más dichosa de su vida. Constituido en padre y protector de una pléyade de jóvenes que empezaban á hacer sus primeras armas en el campo de las letras, les dirigía con cariñosas advertencias y consejos, y él por su parte no dejaba un sólo momento de consagrarse al cultivo de las letras. Publicó durante éste periodo de su vida, varios tomos de cuentos, que vinieron á robustecer y afirmar la fama que había dejado en Madrid. De los varios libros publicados en éste periodo, que abarca unos diez años hasta el comienzo de la segunda guerra civil, no diremos cuál sea el mejor: todos son á cuál más interesantes, empezando por las *Narraciones populares* en las que, al igual que en los *Cuentos populares*, de que hemos hablado varió el rumbo seguido hasta entonces en sus producciones. Así mismo las obras tituladas *Cielo con nubecillas*, *Capítulos de un libro*, *El Libro de las montañas* etc., que pertenecen á esta época, están muy bien hechas y son muy dignas de su pluma. No nos detenemos en su exámen, pues pertenecen al mismo género que las que hemos citado ántes y no determinan ninguna tendencia especial, ni por su fondo ni por la forma.

Por estos días, vino á encenderse de nuevo la guerra civil. El carácter de Trueba no se avenía bien con la lucha y de ahí que no figurase en ningun partido político. Creyéronle algunos carlista; otros por el contrario le pasaban por liberal; pero unos y otros se equivocaban; Trueba ántes que todo era fuerista.

Fuése á Madrid y allí estuvo hasta el término de la guerra, sin descansar un sólo momento en su tarea de literato.

En cuanto volvió Alfonso XII y la calma se restableció, aparentemente al menos, un nuevo suceso vino á acibarar sus días; la ley de la abolición de los fueros, decretada por Alfonso XII. Trueba no pudo resistir golpe tan duro y cruel y en admirables versos, maldijo á los autores de aquella ley. La manera de pensar de Trueba respecto

de los gobiernos de la Restauración, está condensada en ésta estrofa:

Detesta Euskaria lo anárquico,
Pero... que echen un responso
A su espíritu monárquico
Que hirió el duodécimo Alfonso.

Si alguna vez dedicó algún recuerdo á Isabel II, más tarde y á partir de la época de la abolición de los fueros, no creemos exagerar la frase, si decimos que *odió* á todos los gobiernos. Refiérese de él que habiendo recibido una carta autógrafa de la reina Doña Isabel, invitándole para que se presentara en palacio á ver sus hijos, Trueba desatendió la invitación y no fué á la mansión de la Soberana. Rasgo es éste que engrandece la figura de Trueba, y que vale más para el bascongado que todos los escritos que publicó en defensa de tan bello ideal, como lo es, el de los fueros bascongados.

Escribió entonces *Los días tristes* que venían á resumir los trabajos hechos por las Diputaciones forales para la defensa de los fueros y en hermosa frase dice, hablando de la ley abolitoria de nuestras seculares libertades, que bajo su peso el pueblo bascongado se *quebró pero no se dobló*.

Quiso Bizcaya premiar los méritos de hombre tan insigne, y en las últimas sesiones celebradas por las Juntas generales de Guernica le nombraron «Padre de Provincia» y Trueba agradecido de la distinción que se le hacía escribió: «Para mí, vale esa distinción más que todas las cruces y calvarios y que todos los mimos palatinos posteriores á la proclama de Somorrostro.»

Continuó después prestando buenos servicios á la provincia y á las letras. En *La Ilustración Española y Americana* colaboró casi toda su vida, pero donde más activamente trabajó, publicando curiosos escritos que los bascongados conservan con estima, fué en *El Noticiero Bilbaino*. *La Hoja literaria* que semanalmente publicaba en su tiempo y aún en nuestros días continúa escribiéndose, acogió en sus columnas trabajos de Trueba y él fué quien despertó y animó á la juventud bascongada á coadyuvar al renacimiento de las letras bascongadas, inaugurado bajo tan felices resultados.

Quiso Trueba probar fortuna en la novela y á éste efecto escribió las obras tituladas *Mari-Santa; El gaban* y *la chaqueta*, pero el escritor que en los cuentos y en las demás narraciones cortas no admi-

tia rival, nunca cultivó con éxito la novela. *El gaban y la chaqueta* abunda en digresiones que hacen pesado el relato y en *Mari-Santa* falta la unidad de acción que reclaman las novelas. No es ésta opinión particular nuestra. Un crítico de nuestros días, á quien nadie podrá desecharle por sospechoso y parcial, ha dicho lo propio de Trueba. Pero quien pretenda solazarse en la lectura de cuadros primorosos y delicadamente sentidos y escritos, lea las páginas de *Mari-Santa* y no le pesará de haberlo hecho. Otro tanto ocurre con *El gaban y la chaqueta*. También escribió varias novelas históricas *El Señor Bortedo*, *Las Hijas del Cid*, *El Cid Campeador* y alguna otra que no recordamos.

Igualmente trabajó en los estudios históricos, aunque por ser éste un género de literatura al que se dedicó, pudiérase decir que por compromiso, nunca rayó á la altura de su reputación. Y es que su fama en las letras era tanta que no era tan fácil igualarla en otro género. No obstante, escribió trabajos interesantísimos que han puesto en claro muchos puntos oscuros de la Historia de Bizcaya; y los periódicos de provincias y en especial la notable revista EUSKAL-ERRIA han acogido en sus columnas la mayor parte de los trabajos,

En los últimos tiempos escribió *El arte de hacer versos* como fruto de la experiencia adquirida en largos años de magisterio.

Cerca de los setenta años andaría cuando le sobrevino una grave dolencia que había de llevarle de ésta vida. Durante su enfermedad, continuó escribiendo y revisando algunos de sus trabajos, y cuando ya la enfermedad no le permitía escribir de su propia mano, dictó una breve composición que llamó *Última* y que retrata el alma del poeta.

Dice así:

Dicen que el cisne cuando muere canta
 Y hoy tanto de mortal mi dolor tiene
 Que acaso es la del cisne mi garganta.
 La voluntad de Dios es justa y santa,
 ¡Hágase en mí, Señor, lo que ella ordene!

¡Hermosa aspiración, digna de los piadosos setimientos de Trueba! (1)

La crítica que en vida del gran escritor, apenas se atrevió á discutir la personalidad de Trueba, después de su muerte, ha esgrimido sus

(1) Murió el día 10 de Marzo de 1889.

armas *in destructionem sui laboris*. ¿Que tiene imperfecciones? No seré yo quien niegue que las tenga; lo raro sería que no las tuviera. Ha escrito Trueba trece libros de cuentos; siete novelas de costumbres; cuatro históricas; obras que tratan de asuntos históricos once; una didáctica; cinco poéticas; y de cuentos y artículos sueltos, sólo Dios sabe los que compuso y publicó. No creo exagerar si digo que pasan de quinientos.

Quisiera yo dar con un autor que habiendo escrito tanto, no se le encontraran defectos. Pero lo que sobre todo ha influido en algunos para atacar las producciones de Trueba ha sido la *moda*. Así es ésta de caprichosa y veleidosa, que hoy pone en candelero á uno para que el día de mañana le haga bajar de él con más estrépito y ruido. Mas en vano se esfuerzan cuatro críticos descontentadizos en rebajar el mérito de sus obras, porque á Trueba bien le conoce el público sensato é ilustrado y no ha menestar para su defensa de otras armas ni municiones.

El defecto que algún crítico ha achacado á Trueba, es el de la afectación y sensiblería. «*Corazones de hielo*» llama un célebre escritor á quienes así se expresan, y la sentencia no puede estar mejor aplicada. Llámánle otros iluso porque interpretó los sentimientos de una raza que sólo existe en la fantasía de sus admiradores y no quieren conceder á sus delicados cuadros ninguna realidad. Pocas veces la crítica ha estado mas desacertada que en esta ocasión. Precisamente el carácter distintivo de Trueba es el naturalismo, pero no ese naturalismo que pregona la escuela francesa, en cuyas obras como en negro espejo aparecen retratados y reproducidos todos los vicios y desvarios de una sociedad corrompida.

Nunca he sido aficionado á la literatura francesa porque he comprendido que en nuestro suelo tenemos sobrados modelos en los diversos géneros de literatura sin necesidad de pedir ni mendigarlos fuera. ¿Se busca el naturalismo en las producciones literarias? Pues á qué ir á á otras partes? Ahí le tenemos á Trueba más naturalista que ninguno, naturalista sí, pero nunca liviano ni licencioso. No inventó nada, no hizo otra cosa que copiar lo que desde niño había visto y más tarde estudiado, fué en una palabra el intérprete más fiel que tuvo un pueblo. Véase, pues, cuán equivocados han estado quienes han atribuido ese defecto á las obras de Trueba. No digo yo que alguna vez no exagere la nota sentimental, pero ésto no lo hallo censurable en quien siempre escribía con la cara vuelta hácia el país de sus ilusiones y recuerdos, y

prefiero á Trueba arrancando lágrimas y mostrándonos un corazón todo ternura y alegría que no ese otro falso sentimentalismo mecánico, plaga de la moderna literacura.

IGNACIO DE BELÁUSTEGUI, *Pbro.*

Villarreal de Urrechua, Junio 1900.

LA ESCUELA DE NÁUTICA

Ha merecido generales plácemes la moción presentada al Excmo. Ayuntamiento de esta ciudad en sesión del 3 del corriente, por nuestro distinguido y querido amigo D. Alfredo de Laffitte.

Dice así:

«El concejal que suscribe tiene el honor de someter á la aprobación de V. E. la siguiente proposición:

De todo tiempo ha sido práctica constante, en el Ayuntamiento de San Sebastián, fomentar todo género de estudios beneficiosos para el mayor desarrollo del espíritu de los jovenes de esta cultísima ciudad, procurando V. E. con laudable celo establecer el *summum* de enseñanzas posibles con arreglo á los recursos de que dispone.

Entre estas enseñanzas hay una muy importante que ha constituido página memorable en la historia de nuestro pueblo desde los remotos tiempos de Felipe II hasta nuesttos días, y es la existencia de una cátedra de Cosmografía que más tarde se amplió con la creación de una escuela de comercio.

Desgraciadamente hace algunos años que hubo que suprimirla por la escasa afluencia de alumnos á la misma: y separando una porción de causas fundadísimas que sería prolijo enumerar para la demostración de los escasos resultados que dió la implantación de la mencionada escuela, conviene tener en cuenta la diferencia de épocas.

Entonces la población apenas llegaba á los veinte mil habitantes y su decadente comercio marítimo debido principalmente á la apertura del ferrocarril del Norte y á la guerra civil que le sucedió años después,